

C
Columna



Enrique Brahm García

Nazis y comunistas

“¿Qué tipo ese Hitler! ¡El sí sabe cómo acabar con los enemigos políticos!”. Esas palabras de alabanza provenían de José Stalin, el dictador comunista, y fueron pronunciadas al enterarse por los espías que tenía en Alemania de lo que había hecho el dictador nazi en la “noche de los cuchillos largos” de junio de 1934: hacer asesinar a todos los altos mandos de su aparato paramilitar - las S.A. - y a otra serie de personas que alguna vez se le había cruzado en el camino. Las víctimas se elevaron a cerca de 200. Esta criminal acción le sirvió de inspiración a Stalin para concretar unos años después las grandes “purgas” con las que descabezó al partido de Lenin.

Pareciera que los extremos se tocan, como lo demuestra

tas, Hitler y Stalin nunca romperían por completo. Los unía su oposición a las potencias occidentales y al orden de Versalles.

En 1938 Hitler se anexó Austria y, tras la conferencia de Mú-nich - a la que no fue invitado Stalin - se le entregó por occi-dente Checoslovaquia de la que se apropió a comienzos de 1939. Su próximo objetivo era Polonia, pero los polacos iban a luchar, más todavía cuando Gran Bre-taña y Francia le dieron su respal-do. ¿Cómo localizar el conflicto? Ganarse a Stalin como aliado... y este se mostró dispuesto a nego-ciar. Le interesaba que se en-frentaran en una guerra larga y de desgaste las potencias capita-listas a las que luego podría ata-car cuando estuvieran debilita-das con el gran ejército que ve-nía preparando desde hace años para llevar el comunismo hasta

“Pareciera que los extremos se tocan, como lo demuestra esa cercanía terrible que se daba entre Hitler y Stalin, pese a las radicales dife-rencias ideológicas que los separaban”.

esa cercanía terrible que se daba entre Hitler y Stalin, pese a las radicales diferencias ideológicas que los separaban. La utopía del primero era dar forma a una sociedad jerárquicamente estructurada desde el punto de vista racial; la del segundo constituir una sociedad sin clases luego de aniquilar a la burguesía. No es casualidad que tanto el bolchevismo como el nacionalsocialismo hayan surgido tras la Primera Guerra Mundial. Como ha señalado Francois Fu-ret, “hijos de la guerra, el bolchevismo y el fascismo reciben de ella lo elemental. Llevan al terreno de la política el aprendizaje que recibieron en las trincheras: el hábito de la violencia, la simplicidad de las pasiones extremas, la sumisión del indivi-duo a la colectividad...”.

Ubicados en las antípodas políticas en buena parte de la década de 1930, marcada por el enfrentamiento entre los Frentes Populares propiciados por la Komintern, la Internacional Comu-nista, y los movimientos fascis-

los confines de Europa. Esta constelación es la que hizo posi-ble la sorprendente firma en Moscú del Pacto nazi soviético el 23 de agosto de 1939; aunque también ayudó el protocolo se-creto que lo acompañó en el cu-al los dictadores se repartían zo-nas de influencia en Europa Oriental. Por lo demás el enten-dimiento fue completo. Joachim von Ribbentrop, el ministro de Relaciones Exteriores de Hitler informaba que junto a Stalin y Molotov “se había sentido como entre viejos correligionarios”.

Por supuesto el Partido Co-munista chileno se tuvo que dar una vuelta de carnero y empe-zar a defender a Hitler, a quien había estado atacando con fuer-za los años anteriores. Celebra-ría también cómo mientras Hitler se expandía en occidente, Stalin hacía lo propio con la mi-tad oriental de Polonia, los Paí-ses Bálticos y le declaraba la gue-rra a Finlandia.

Y esa fidelidad a las dictadu-ras comunistas se ha mantenido en el tiempo.

Universidad de los Andes